

ros oradores políticos de nuestra patria. Solamente en un país tan desgraciado como la España doctrinaria; solamente en un país tan corrompido por la perniciosa influencia electoral, se concibe que no hubiera entonces pisado aún la tribuna del Parlamento este insigne orador parlamentario. Sí, porque no se necesita haber estado en el Parlamento para mostrar las cualidades parlamentarias de primer orden que ha demostrado siempre el Sr. Martos. Intencion profunda, pensamiento vivo, argumentar lógico, severidad de formas, sobriedad de lenguaje, correccion inimitable de frase; todas estas cualidades que nadie podrá negarle sino cegado por el odio ó por la envidia, hacen del Sr. Martos uno de los primeros oradores, no solamente de la democracia sino de toda España. Desde 1854 en que se dió á conocer, no se ha abatido ni un momento el vuelo de la elocuencia del señor Martos, realizada por prendas de carácter que serán siempre orgullo de su partido, y especialmente de nosotros, sus leales amigos. Al poner aquella tarde el pensamiento en el señor Orense y en el Sr. Martos; al ver que contábamos en nuestras filas uno de los ancianos y uno de los jóvenes más esclarecidos de nuestra patria; al oír la elocuencia del primero realizada por los años y por una larga historia, y la elocuencia del segundo robusta y firme como la esperanza de la juventud, no podíamos ménos de congratularnos observando que por un decreto de la Providencia todo lo que hay de vivo, de glorioso, de enérgico, de grande en el país buscaba su atmósfera, la única en que se puede respirar, la atmósfera de la libertad.

Lo primero que debía impresionar al orador era el aspecto maravilloso de aquella reunion, y en efecto, hizo de ella una entusiasta apología. Despues, movido por un gran sentimiento patriótico, declaró que el país donde más esperanzas podía vincular la causa de la libertad era nuestra España. Francia se contenta con la gloria militar; sus hijos

gustan de arrastrar sus cadenas por el mundo, y bajo la maldita influencia cesarista no aciertan á ser lo primero que constituye la dignidad humana, á ser libres. Alemania, absorta en sus meditaciones científicas, no trabaja por la libertad práctica. Italia sólo se cura de ser nacion. De suerte que puede decirse que la esperanza de la libertad europea está hoy en España. ¿Y qué mayor prueba? Una democracia vigorosísima, fuertemente unida, con una sola idea por bandera, se reúne á votar los que han de representarla. Cuando tan numerosa y compacta acude á la cita, no dejará de acudir á otra cita más importante. El partido democrático sabe lo que quiere y lo que no quiere. Trabajemos por llegar á lo que queremos y por destruir lo que no queremos. Un grande aplauso siguió al elocuente discurso del Sr. Martos.

El Sr. Castelar, que siguiera al Sr. Martos, habló de los agravios que la libertad recibiera de la dinastía y usó esta frase que levantó una tempestad de entusiasmos y que le valió un ruidoso proceso. «Ya sabeis que cuando vienen las grandes calamidades, cuando la muerte se cierne sobre vuestras cabezas, la libertad no se aparta de vuestro lado escondiéndose en espléndidos jardines; la libertad descende á la cabecera donde gime la agonía, lucha, triunfa porque la libertad no teme ni el destronamiento ni la muerte, á pesar de ser una reina que no tiene ni armas ni presupuestos.»

Habló luego el Sr. Pí y Margall, y en un discurso de grande severidad en la forma, muy conciso y muy templado, pidió la libertad de pensar, y dijo que debían reducirse á pocos los principios capitales de los partidos. Para el partido democrático pedía la libertad de pensar, la libertad de asociacion, y el sufragio universal. En cuanto á las relaciones con el partido progresista aconsejaba que no hubiera confusion; pues si un dia prestó este partido grandes servicios á la libertad, habia tenido despues debilidades mil que comprometieron tan sagrada causa.

Despues del discurso del Sr. Pí y Margall, puede decirse que no hubo más que algunos arranques de entusiasmo dichos en breves palabras por oradores que fueron muy aplaudidos. El director de *El Protector del Artista* dijo varias frases salidas espontáneamente de su corazón; el Sr. Blanc aclamó las reformas democráticas; el Sr. Lafuente recordó los gravísimos deberes que en excepcionales circunstancias ha de cumplir el partido democrático; el Sr. Simon habló de las diversas manifestaciones de nuestro partido; el señor Soler, de la democracia zaragozana, á grandes y valientes rasgos; y todos fueron calorosamente aplaudidos por el fervoroso entusiasmo de la reunion.

La democracia madrileña dió de sí elocuentísima muestra. Pocas veces, nunca acaso, se ha dado en España un tan maravilloso espectáculo. Cuanto aconsejamos á nuestros correligionarios, lo siguieron con admirable uniformidad. Les aconsejábamos orden, y el orden más rígido reinó. Les aconsejábamos libertad, y la libertad más amplia hubo. Les aconsejábamos que apelasen al sufragio universal, y al sufragio universal han apelado. Les aconsejábamos que dejasen libérrimo el uso de la palabra, y libérrimo permaneció durante toda esta admirable sesion.

¿Qué nos faltaba? Eramos el partido más inteligente de España, porque reuníamos todas las ideas emanadas de la ciencia moderna. Eramos el partido más joven, porque hemos venido á renovar la vida. Eramos el partido más popular, porque oleadas de entusiastas muchedumbres se han acercado á depositar su voto en nuestras urnas. Eramos el partido más disciplinado, porque ninguno hubiera conservado durante dos dias el orden que en dos reuniones consecutivas conservó el partido democrático español. Despues de estos hechos, nada tenemos que añadir.

Basta que digamos que Madrid entero se admiró de la actitud del partido democrático; que por todas partes solo se oyeron muestras

de entusiasmo; que nuestros enemigos, esperanzados con que diésemos un grande escándalo, se desconcertaron, y que la democracia madrileña, con este alarde de su fuerza y de su union, mostraba al mundo llevar en su mente la idea de la revolucion y en sus manos la misteriosa llave del porvenir.

Un suceso vino á mostrar que éramos esclavos hasta del alma: la prohibicion del *Juan Lorenzo*, drama célebre del ilustre poeta García Gutierrez.

La señal primera de nuestra desgracia, de esta inmensa desgracia, que sobre todos nosotros pesaba y que tras tantos años de lucha aun no habíamos podido remediar, era la servidumbre de nuestra razon. A manera de los indios, poníamos bajo las ruedas del carro donde iban los dioses del Estado, no ya nuestra cerviz, sino algo más íntimo y más sublime, nuestro pensamiento, nuestra conciencia. No éramos una nacion civilizada, no merecíamos el título de ciudadanos de Europa, en tanto que no pudiéramos pensar con libertad entera de conciencia, y escribir con entera libertad de palabra. La filosofía, el arte, la ciencia política, todo lo que la historia es el ornamento de la humanidad, se desarrollaron allá en Grecia con desusado vigor, porque en Grecia se rompió la teocracia del Oriente que esclavizaba el espíritu; y pudieron el sentimiento, la fantasía y la razon del individuo oponerse, y aun sobreponerse á las creencias del Estado. Solo así, en aquella espléndida tierra, Fidias idealizaba en sus estatuas la forma humana, y se escribían las primeras páginas de la historia por la mano de Herodoto; y se espaciaban los arrebatos del lirismo en los cánticos de Píndaro; y se convertía en grandes tragedias el poema de Homero al calor de la inspiracion de Esquilo, y la palabra humana llegaba á su más alto poder en los lábios de Demóstenes, y la filosofía á su más completa síntesis en la mente de Aristóteles y de Platon. Todos estos milagros

del entendimiento humano fueron obra de la libertad, obra de la antigua democracia.

Donde el arte ha de ajustarse á una regla trazada por la ley; el arte que lleva en sí mismo, como el universo, su ley soberana; donde la ciencia ha de inspirarse en un pensamiento superior á su derecho, que es la absoluta libertad de la razon, ni el arte, ni la ciencia, tienen propia vida, y por consiguiente, si existen, ¡ay! existen solo en la apariencia, como una forma sin idea, como un organismo sin músculos y sin sangre, como un astro sin propia lumbré. Miradnos á nosotros, los esclavos intelectuales de Europa, los negros del mundo de la conciencia y del espíritu. En vano buscareis en la elaboracion intelectual de nuestros últimos siglos, ni crítica histórica como la que ha descifrado los orígenes de Roma y los orígenes del cristianismo; ni filosofía como la que ha enlazado en una série de admirables progresiones científicas el mundo de la naturaleza con el mundo del espíritu; ni ciencia como la que ha descompuesto el agua y el aire y ha dado á la vida y á la combustion nuevos elementos con sus gases; ni industria como la que ha hecho del vapor una fuerza para borrar las fronteras de los continentes y de los mares, lanzando unos pueblos en brazos de otros pueblos, ó como la que ha escrito la palabra humana en las chispas del rayo. ¿Qué habíamos de tener si no teníamos libertad? Todavía la censura está expiando las palabras que á manera de sentencias oraculares se escapan de los lábios de un filósofo. Todavía un sacerdote se ve perseguido como un criminal por haber propuesto, inspirándose en el Evangelio, la libertad de la Iglesia. ¿Qué espectáculo más triste ofrece al mundo!

Parecia que la libertad de nuestro espíritu debia refugiarse como en el siglo XVII allá en las misteriosas regiones del arte. De antiguo el arte ha tenido más libertad en España que la ciencia. Cervantes pudo en la conversacion de Sancho con el morisco, al tornar de

la insula Barataria, envidiar la libertad de conciencia de Alemania; Tirso pudo burlarse en sus dramas de los frailes que nunca á Dios llamaban bueno hasta despues de comer; Calderon pudo romper la feroz ortodoxia inquisitorial en los admirables arranques de desesperacion y de duda de *La vida es sueño*; Moratin pudo bajo el absolutismo criticar á la manera de Moliere la mogigatería espirante á los dardos de la mordaz filosofía del pasado siglo; y Quintana pudo inspirarse con ardor republicano en el pensamiento de su tiempo, y animar el espíritu de nuestras revoluciones desde las alturas del arte, con una nueva vida.

Pero en los dias de la dominacion borbónica lo habíamos dispuesto de otra suerte, y la censura acababa de prohibir un drama porque rompía las condiciones de nuestro arte, y tocaba los problemas sociales. ¡Qué pudibunda censura! Ahogaba primero el drama de un jóven; despues el drama de un maestro. Entonces protestamos, y protestaremos cien veces en nombre de un derecho, que es acaso el único derecho divino sobre la tierra, en nombre de la libertad de la inspiracion y de la conciencia, en nombre de todo lo más sagrado, de todo lo que está más cerca de Dios en el universo.

¿Quién no sabe de memoria algunos de aquellos viriles versos, alguno de aquellos sublimes pensamientos que el arte romántico arrojaba en el seno de España durante la guerra civil? Puede decirse que nunca el arte ha tenido entre nosotros mayor trascendencia social. El más moderado y el más pulcro de nuestros poetas escribia la *Viuda de Padilla*; el más académico, *Doña Maria de Molina*; el más incorrecto, pero más intencionado, *Cárlos II*; el más grande, *Don Alvaro*; el más fácil, *El Pelo de la Dehesa*; el más limado, *Doña Mencía ó la Boda en la Inquisicion*; el más popular, *El Trovador y el Paje*; el más amargo, *Macías*; y el más apasionado, *El Estudiante de Salamanca y El Diablo*

*Mundo*. Todas cuantas ideas pasaban por la conciencia iban á enrojarse en aquellas imaginaciones que iluminaban por lo mismo que eran un incendio. El renacimiento de nuestros municipios y nuestras Córtes; la aparicion de la libertad, en cuyas aras se sacrificaba todo un pueblo; la ruina de la Inquisicion y de las órdenes monásticas; la apoteosis del pensamiento emancipado; la guerra á todos los dogmas filosóficos y sociales que nos habian envilecido; la rehabilitacion del pueblo en el romance y en la escena, al par de la rehabilitacion en los campos de batalla; las dudas que asaltan á los espíritus cuando por vez primera, al sentirse libres, miran lo infinito, y les parece vacío; todas las grandes aspiraciones revolucionarias flotaban en la poesía, como flotaba antes de ser el universo en la mente creadora del Eterno.

De este coro de grandes batalladores, unos murieron, otros callaron, otros cayeron en la fosa del Senado ó de la Academia; todos suspendieron su trabajo desde que pasó el primer vértigo revolucionario, como si quisieran dejar á la razon y á la elocuencia el término de la obra comenzada por la imaginacion y la poesía. Uno, por excepcion, permaneció fiel á su destino. Era éste el hijo del pueblo, el oscuro soldado, el poeta del *Trovador*, que si escribia, escribia para ennegrecer la memoria de los tiranos como en *El Duelo á Muerte*; para revelar la caida de los imperios como en la *Venganza Catalana*; ó para arrojar á la faz de la Academia los cantares del eterno poeta, del pueblo, esos cantares más bellos que el cielo de Andalucía, por lo mismo que son el claro reflejo de la conciencia popular.

Pues bien: este poeta, que ha escrito libremente siempre; este poeta, único resto vivo de aquellos gloriosos, no podia escribir. En España era más desgraciado García Gutierrez que Víctor Hugo en Francia, porque Víctor Hugo estaba desterrado del suelo de su país, pero habia escrito en su conciencia *Los Mi-*

*serables*, mientras á García Gutierrez se le desterraba de la conciencia de su pátria. Estábamos tan acostumbrados á las arbitrariedades de los fiscales, de los censores, de tantos y tantos verdugos como tenia el pensamiento, que no solíamos dolernos de estas grandes iniquidades, ni las advertíamos ni las sentíamos. Y sin embargo, esos censores ahogaban las obras del arte antes de nacer, esas obras inmortales, en las que se condensaba el espíritu de un siglo.

Pero ya se ve; el Sr. D. Antonio García Gutierrez desde luego en esta sociedad y en estos tiempos era *auctor damnatus*. Él no ha escrito un epitalamio al casamiento de la reina ni una elegía á la muerte de Fernando VII; él no ha llamado ilustre nieto de San Luis al duque de Montpensier, ni heróico guerrero al infante D. Sebastian; no ha tenido un romance trasnochado y oliente á aceite como los de D. Aureliano Fernandez Guerra, por ejemplo, para cantar las ventas del terreno del real patrimonio; no es de los poetas cortesanos que se entusiasman de real orden y enfilan consonantes recalentados en la oficina del estómago; no, es el poeta de la inspiracion sencilla y grande que conviene á los cantores del pueblo.

Si llevado de su inspiracion, de su fé ardiente, ha buscado en la historia una de esas grandes crisis por que atraviesan los pueblos, cuando oprimidos y vejados llegan al último extremo de la desesperacion, y ha sentido brotar de su pluma la sangre hirviendo que brota de nuestras heridas, impórtele poco el silencio forzado impuesto por una censura bárbara, pues el pueblo guardará en la memoria sus versos admirables, y la posteridad le premiará con el más alto de los dones, con la inmortalidad para su obra y para su nombre: que tal es el destino de los poetas de la libertad; un siglo enfermo les llama sus enemigos, y un siglo redimido sus profetas.

La revolucion, la revolucion llamaba á todas las puertas; la revolucion entraba en el

seno de todos los partidos. Hacia más de 41 años que unos cuantos oradores la estaban predicando, que unos cuantos periódicos la arrojaban en la atmósfera del país. La calumnia, la persecucion, el cadalso no habian podido detener la revolucion, y entonces se habia apoderado hasta de la mente de sus enemigos, y relampaguea fatalmente hasta en los periódicos más reaccionarios. Las ideas son para las conciencias como la atmósfera para los cuerpos. En las ideas generales de su tiempo han de vivir, como han de vivir los cuerpos en la atmósfera de su planeta. Y las ideas generales de esta sociedad en que vivimos son las ideas revolucionarias.

Ese mismo partido absolutista, que todos los días llora la muerte de las antiguas instituciones, cuando ve perseguida su conciencia, hollado su hogar, desconocido su derecho, amenazado su pensamiento, reclama la libertad, y sin quererlo y sin saberlo, proclama la revolucion, y sirve indeliberadamente á los intereses revolucionarios.

El partido moderado impulsó en el último año con la accion y con la reaccion los intereses revolucionarios. Durante tres meses se gozó bajo su mando de una libertad de imprenta como no se ha conocido igual en España. El país aprovechó aquellos tres meses para conocer misterios que ignoraba. Merced á esta iniciacion revolucionaria, el país conoció el origen de todos sus males, la causa primera de la raquitis intelectual y moral que padecia. Despues, cuando se planteó la cuestion de enseñanza, cuando se empeñó una lucha cuerpo á cuerpo entre un catedrático y un gobierno, cuando se sellaron las exposiciones neo-católicas contra la enseñanza con sangre de las víctimas del 10 de Abril, supo el país que la reaccion teocrática era impotente, que sólo la revolucion era todo-poderosa.

Vino la union liberal, ese detritus de todos los viejos partidos; vino con su excepticismo, con su criterio utilitario, con su apego á

los intereses de un día. Pero comprendió que solamente la revolucion era fuerte. Y restableció las condiciones de la enseñanza, y reconoció la obra revolucionaria por excelencia, el reino de Italia, y rebajó el censo, y proclamó la libertad de la ciencia, y empeñó una lucha á muerte con la teocracia. Y sin embargo, el país que podia más, que aspiraba á más, que no deseaba olvidar á los traidores, que adivinaba que el partido entonces dominante era solo un sofisma revolucionario, le abandonó á su suerte, le dejó en el mismo aislamiento y en el mismo odio que á Narvaez.

Y mientras tanto la idea revolucionaria crecia y se apoderaba del viejo partido progresista. Y este anciano, vacilante entre sus recuerdos del 37 y del 56, preparaba un símbolo verdaderamente liberal, un símbolo donde estuvieran contenidas grandes aspiraciones revolucionarias que hasta entonces no habian entrado en su seno. Y al mismo tiempo con su enérgica actitud á favor del retraimiento, probaba que era revolucionario en idea y revolucionario en conducta.

La suerte de la revolucion está toda entera en manos de la democracia. Ella solamente sabe de dónde la revolucion se origina, á dónde vá, y por qué camino. Ella solamente ha sabido escribir el decálogo de sus derechos. Ella solamente ha formulado el ideal de justicia. La idea democrática ha extendido la libertad á todas las esferas de la vida; y la ha proclamado como la solucion de todos los problemas sociales. Ella es toda la revolucion, su alma y su cuerpo, su idea y su organismo, su ideal y su práctica; el centro de gravedad de este gran siglo.

El marqués de Valdegamas en los últimos días de su vida comprendia con sublime tristeza este poder de la revolucion. ¡El! que deseaba restaurar lo antiguo, que ponía su palabra á servicio de los viejos ídolos y de los viejos altares, decia entristecido: «Hoy todos los caminos conducen á la perdicion. Unos se

pierden por ceder, otros se pierden por resistir.» Justo, á la perdicion de los privilegios. Cediendo ó resistiendo, la reaccion estaba perdida.

El general O'Donnell recogia los frutos de su política. A los seis meses de su poder se encontraba en una situacion, por lo desesperada y triste, bien análoga á la situacion del ministerio Narvaez. La opinion, la opinion liberal, que tan anheloso buscara con la rebaja del censo, con el reconocimiento de Italia, con los procesos incoados pero no seguidos contra los obispos, con todos los alardes de una política falsamente liberal, esta opinion, ya madura, ya viril, le abandonó completamente, porque no se contenta con falsos halagos, ni con engañosas apariencias. Mientras tanto las camarillas que durante el verano habian templado y se habian escondido, rechazaban su poder, tramaban sus intrigas, y fiaban á un confesor ó á un médico sus planes de ambicion y de privanza: guerra de siervos, guerra de criados.

El manifiesto progresista que acababa de publicarse, venia á mostrar una vez más la grande oxidacion democrática que experimentaba el espíritu de nuestro país. Un partido que aun en los días más revolucionarios no se atrevió á proclamar la libertad en toda su extension, la proclamaba entonces. Un partido que habia retrocedido desde la Constitucion democrática del 12 á la Constitucion doctrinaria del 37, y que volvia á sus antiguas invocaciones á la libertad, era un partido sobre el cual ejercia el espíritu democrático la influencia que debe ejercer en este siglo de las revoluciones, en este siglo de la libertad.

Era necesario que el partido progresista no volviera de ninguna suerte á ilusiones en mal hora concebidas y acariciadas. Era necesario que comprendiera que la libertad no cabía dentro de los viejos obstáculos que ha encontrado siempre la libertad en su camino. Era necesario que entendiera que encerrar una máquina de vapor dentro de una galera de la

Edad Media, hecha solo para remeros esclavos, es una insensatez. Era necesario que no vacilara, y que llegara á alcanzar y á entender cuánta constancia, cuánta fé se necesitaba para perseverar en la política de retraimiento, abrazada con un fin más alto y más saludable para el país que conseguir un ministerio, porque el país pedia hondas y trascendentales reformas.

El manifiesto progresista nos revelaba que el partido comprendia su ministerio. ¡Oh! ¡Cuánta sangre se hubiera evitado, cuántas catástrofes, si nuestros padres de la Constituyente no pretendieran conciliar lo inconciliable! Cuán otra seria hoy la suerte del país, qué libre la conciencia, qué amplio el sufragio, qué fuerte el jurado, qué nula esa influencia teocrática y pretoriana, si nuestros padres hubieran tenido el año 20 el hercúleo valor que se necesitaba para limpiar la tierra de monstruos.

Los partidos liberales españoles habian renunciado á la ley como Caton y Bruto renunciaron despues de Farsalia y de Filipos á Roma. Pero los grandes republicanos de la antigüedad creian que todo moria, que todo se acababa con ellos; y nosotros, más justos, nosotros, más creyentes, aguardamos, seguros de que los tiranos pasan, los sofistas pasan, los traidores pasan, y la libertad permanece en el centro del espíritu como el sol en el centro de nuestro sistema planetario, como Dios en el centro del Universo.

El Sr. Posada Herrera se hallaba admirado de que los liberales, tan crédulos no hubiéramos tragado el anzuelo. Una rectificacion de listas bastó para que los tragaran allá por el año 59. ¿Cómo no habia bastado despues? Se consumó una reforma electoral, y los liberales permanecieron en su retraimiento. ¿Creian que no sabiamos su táctica? ¿Creian que no sabiamos de antiguo que importan poco las concesiones, porque los poderes caducos se reservan la facultad omnimoda de alterarlas á su arbitrio? Esta ha sido siempre su con-